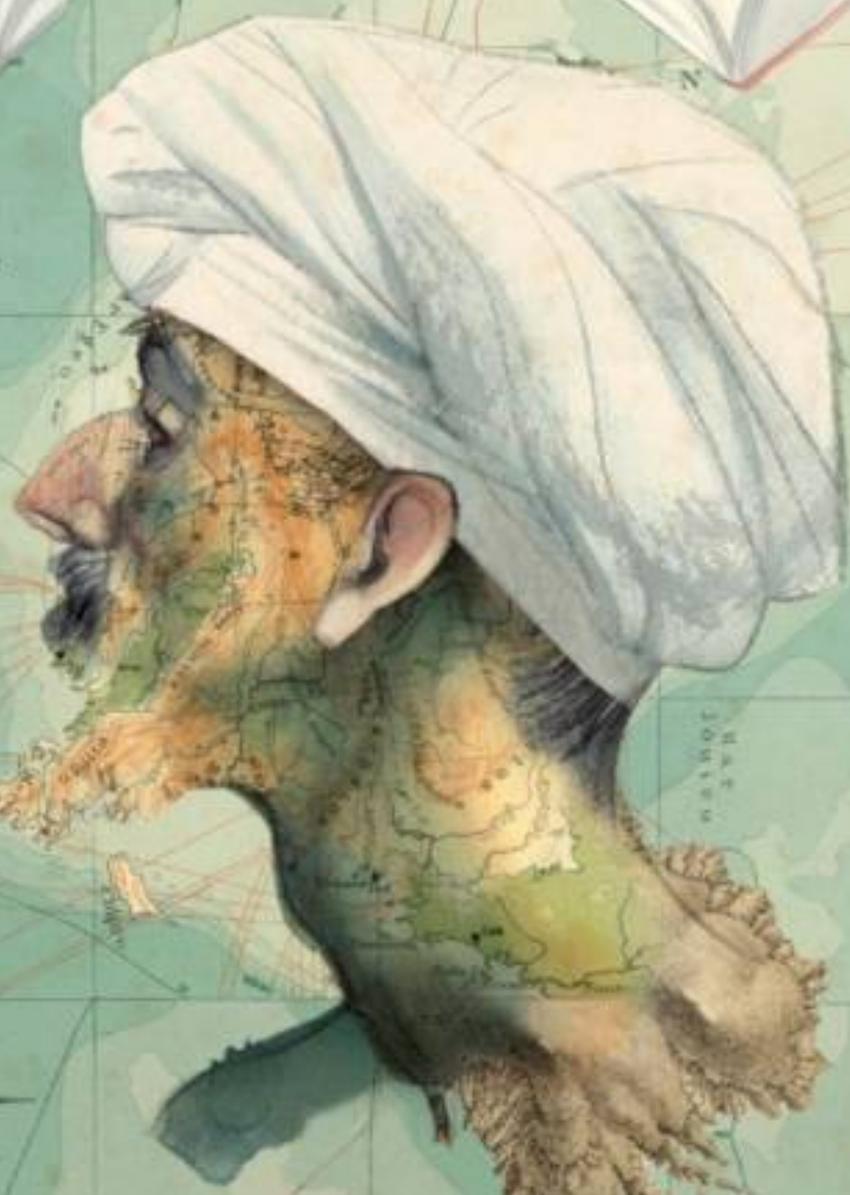


EL GRAN IMAGINADOR

o la fabulosa historia del viajero
de los cien nombres

Juan Jacinto Muñoz Rengel



Atenas, siglo XVI. Nikolaos Popoulos ha nacido dotado con una capacidad de ensoñación más allá de los límites de la naturaleza. Su verdadera vocación es ser escritor. Pero, como perseguido por una maldición, ve una y otra vez truncados sus planes, mientras es arrastrado a un épico viaje a los orígenes de la fábula y la ficción. Conocerá a legendarios corsarios y a los asombrosos piratas uscoques; se tropezará con la Condesa Sangrienta y con el gólem de Praga, inspiradores de los mitos de Drácula y del monstruo de Frankenstein, y tramará una íntima amistad con Miguel de Cervantes, antes de que se convierta en el genio más famoso de las letras universales. Pero ¿logrará al fin escribir una obra digna de su imaginación ilimitada?

Juan Jacinto Muñoz Rengel, autor de *El asesino hipocondríaco*, consolida su trayectoria con esta ambiciosa novela en la que aún con sorprendente originalidad lo fantástico con lo histórico, y el humor con el terror y la aventura. Un delicioso homenaje a la propia literatura con un protagonista inigualable.

*Para Ada,
que infla las velas de los sueños.*

Índice de contenido

Cubierta

El gran imaginador

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte

Quinta parte

Agradecimientos

Sobre el autor

PRIMERA PARTE

1

No sucedió en tierra firme, sino a bordo de una de las seiscientos cuatro embarcaciones que en aquellos instantes colisionaban con estrépito en una delgada y concurridísima lengua de mar, en el centro mismo del más accidentado Mediterráneo, entre la humareda maloliente que levantaba la pólvora, el clamor de los cañones y la lluvia de los más diversos proyectiles. Allí fue donde se cruzaron las vidas de los dos singulares escritores.

El primero de ellos, afilado y pajizo, era por entonces apenas un simple aspirante a novelista, o a dramaturgo, o a comediante, o a poeta, o a cualquier cosa que pudiera reportarle unas monedas. Había llegado hasta aquel pedazo del infierno huyendo de la justicia española, acusado de herir en un duelo de honor —o por la espalda en una pendencia callejera, según algunos malintencionados testimonios— a un maestro de obras que había intentado mancillar con algo de éxito el buen nombre de su hermana. Los tribunales dictaron sentencia en su contra y el joven autor en ciernes se vio obligado a escapar a toda prisa de Madrid, para evitar que le cortaran la mano derecha tal y como rezó la condena. Declarado en rebeldía, acabó huyendo a Roma, y de Roma viajó a Nápoles, y de Nápoles a Ancona, y de ahí a Ferrara, y de ahí a Venecia, y, al fin, antes de manchar todo el mapa con los trazos de su itinerario, regresó de nuevo a Nápoles, donde consiguió embarcar como soldado de in-

fantería en el tercio del lugarteniente de la Liga Santa, de quien se decía sufría una desagradable aerofagia, con toda probabilidad debido a unas diminutas bacterias que se dedicaban a pudrir todo lo que caía en sus intestinos. Y así, enrolado en los tercios italianos, a bordo de la galera *La Marquesa* y guiado hasta allí por una sucesión de azarasas circunstancias, fue como aquel mero aspirante a literato, aquel muchacho enclenque y sin blanca, terminó conociendo a nuestro otro asombroso escritor y dando forma años más tarde –aunque en ese momento ninguno de sus compañeros, ni superiores, ni amigos ni enemigos podría haberlo ni remotamente sospechado– a una obra cumbre de la literatura universal.

En realidad, llamar escritor al segundo de los hombres es sin duda una licencia. Porque, por mucho que gozara de la imaginación más portentosa que jamás haya habido ni habrá sobre la faz de la tierra, lo cierto es que frisando la muy avanzada edad de los sesenta todavía permanecía inexplicable y rigurosamente inédito. Ambos eran por lo tanto hasta esa fecha, aunque por muy distintos motivos, escritores secretos. Pero si bien el primero lograría inmortalizar su nombre con la consumación de una obra incomparable, el otro, de quien la Historia es difícil que pueda guardar algún recuerdo, había consumido ya casi toda su vida sin ver impreso sobre el papel ninguno de sus infinitos proyectos.

Se podía decir que los dos hombres se parecían como la noche y el día. Donde en aquel había costillas y una constitución famélica, en este los años habían aposentado molla, chicha y sobrepeso; la naturaleza pálida de uno era reemplazada en el otro por una tez cuarteada y oscurecida por el sol, en la que no faltaban las cicatrices; si en el joven todo

recordaba al Occidente más cristiano, en el veterano se congregaban los más dispares símbolos de Oriente. No obstante, tenían muchas más cosas en común de las que pudieran apreciarse a simple vista. Aparte de que ambos hubieran llegado hasta aquella misma galera siguiendo un recorrido igualmente tortuoso. En este segundo caso de forma aún más justificada, porque a este otro escritor nunca le había sido concedido nada parecido al sosiego de la escritura: había pasado las últimas décadas errando por los territorios que iban desde las costas griegas hasta Valaquia y los Cárpatos, apremiado por una misión oficial interminable, y presenció el sobrecogedor hundimiento de la capital de Bohemia poco antes de comenzar a surcar el Adriático en aquella galeota de viejos piratas uscoques que, cuando no se dedicaban al asalto y al pillaje, prestaban sus servicios como muy módicos soldados de ocasión. Ese había sido siempre su sino, como si un poderoso maleficio lo condenara una y otra vez a llevar una vida de acción. Seguro que muchos de los más cultivados sabios y eruditos habrían vendido su alma al diablo por vivir una vida como la suya, pero no nuestro hombre. Para él aquello entrañaba un constante dilema, que amenazaba con partirlo en dos desde dentro. Porque la insólita capacidad de este soñador, de este visionario, de este fabulador interior, era tal que nunca, jamás hasta ese mismo instante a bordo de *La Marquesa*, había siquiera conocido a nadie que pudiera empezar a intuir los universos que contenía dentro de sí.

Era como si todos los demás hablaran una lengua distinta. Como si no existiera una lengua capaz de expresar los inagotables atributos de su mente. Siempre había sido así. Incluso ahora tampoco se trataba en absoluto de que hu-

biera encontrado al fin su alma gemela, sino más bien como si un selenita o un venusiano recién llegado al planeta hubiera logrado hallar, entre los mejores de otra especie, alguien con quien al menos poder comunicarse.

Es lógico pensar que un encuentro de esa naturaleza no pudiera darse en cualquier parte, no al menos en la forma de dos hombres que se cruzan una noche cualquiera en un callejón. Por lo que podría parecer que la ingente batalla que se fraguaba en torno a ellos no era sino el efecto de tan fantástica coincidencia, como capas segregadas por el acontecimiento, como las ondas y las reverberaciones de aquel inaudito choque de talentos. Así, alrededor de los dos escritores inéditos, en el tan concurrido golfo de Lepanto, todo parecía estremecerse.

Las otras seiscientas tres naves restantes se esforzaban por hacer el ambiente cada vez más irrespirable. Para ello empleaban mil novecientos sesenta y siete cañones y culebrinas, de los que casi dos terceras partes eran cristianas: los cañones lanzaban pesados proyectiles de hierro fundido que abrían enormes agujeros en las naves contrarias, no siempre necesariamente enemigas; las culebrinas, por su lado, también disparaban bolas de hierro, aunque a veces eran reemplazadas por balas de piedra, que al impactar contra el blanco se desmenuzaban y se convertían en una feroz metralla. No era extraño divisar por doquier seres humanos volando por los aires, cabezas y brazos arrancados del tronco, y cubiertas enteras barridas de soldados por los cascotes de la piedra caliza.

Un poco más arriba, también había conseguido volar por los aires, entre las volutas de humo y la pestilencia combinada del azufre, el carbón y el nitrato de potasio, una atemori-

zada paloma mensajera de plumaje azul verdoso, que una vez que superó la altura de los mástiles dejó de ser objetivo de los disparos, porque ya no había manera de saber si era aliada o sarracena y porque había mayores problemas de los que ocuparse abajo en los barcos. A través de los ojos de la pequeña paloma, que había sido adiestrada durante diecisiete meses, se había sometido a un programa de casi ochocientas horas de vuelo, y había recibido como alimento los mejores granos de avena, trigo y mijo, así como los más atentos cuidados, a través de sus pupilas negras como cuentas de azabache, habría sido posible hacerse una idea del carácter extraordinario de la contienda que se estaba desplegando en esos momentos alrededor de los dos hombres, captar una imagen verdadera de lo que suponían aquellos cientos de naves enfrentándose en un espacio tan limitado y estrecho que no parecía capaz de albergar semejante tumulto, todas ellas detonando a un tiempo sus casi dos mil piezas de artillería sobre una superficie de mar que hacía tan solo unas horas se encontraba en plena calma. Desde esa perspectiva cenital podrían verse ondear centenares de banderas blancas con cruces rojas, y centenares de banderas rojas con medias lunas blancas, y escudos y pendones y gallardetes, e incluso se podría llegar a reparar en que, en una fragata del flanco izquierdo, uno de los estandartes de la Liga Santa había sido colocado del revés, y el Cristo crucificado se agitaba ahora de una forma inquietante, bocabajo, con el entrecejo fruncido y una sonrisa siniestra, a la vez que los proyectiles dibujaban las trayectorias elípticas de la muerte, fiuuuuú, plof, crash, boom, bolas, balas, piedras, flechas, barriles y cabezas. Cualquiera con ese ángulo de visión podría comprobar por sus propios

ojos, o por los ojos de la paloma mensajera –pero no necesitaría desde luego los de un halcón–, que en ese punto el golfo no contaba con más de quince millas de ancho de una costa a otra, y que el litoral, algo escarpado y rocoso, estaba además amurallado por castillos turcos, que, cuando había oportunidad, también descerrajaban las baterías de sus bocas de fuego.

Si el ave hubiera dispuesto asimismo de la fabulosa facultad de percibir la línea divisoria de las fronteras, y los colores de las naciones, tal y como si llevara un complejo ingenio aplicado sobre los ojos y su cráneo de nuez, habría podido advertir que las islas griegas que rodeaban las seiscientas tres embarcaciones que a su vez cercaban la galera de los dos escritores inéditos, pertenecían al imperio del Turco. Y que tanto la península del Peloponeso, como ínsulas e islotes grandes y pequeños, así como la vasta Rumelia, en otro tiempo parte de Bizancio, tenían el mismo color del moro. Y así continuaba siendo aún más al norte, hasta alcanzar la vencida Hungría, y los pueblos transilvanos y valacos, todos ellos vasallos de los ejércitos musulmanes. Y al sur, al otro lado del Mediterráneo, también eran dominios del sultán Egipto, Tripolitania, Túnez y Argelia. Y al este, se extendía todo el poder y esplendor de la propia Anatolia. Y tan solo al oeste, y por un albur, se encontraban una porción del Reino de España, como una cuña o un tacón de bota, y, esquinados, los Estados Pontificios y Venecia. De forma que era difícil imaginar un lugar en los mapas menos neutral y favorable a uno de los dos bandos.

En cambio, más arriba, hacia donde dirigía el vuelo la paloma, tras la cortina de nubes que hacía de pantalla sobre los barcos, tiempo después muchos asegurarían que se ha-

llaban apostados toda suerte de personajes celestiales, equilibrando de alguna forma la desigual situación. Allí, sobre las cabezas de los dos imaginadores, como no podía ser de otra manera, envueltos en la bruma se reunían todo tipo de seres imaginarios. Entre ellos ocupaba un lugar primordial la Virgen María, con su manto azul y su túnica roja, cortejada de cerca por San Pedro el Apóstol, y por San Pedro el Mártir, por San Carlos de Borromeo, por Santa Catalina de Siena, por Santa Justina y hasta por San Marcos, que había venido acompañado por su león, el cual no dejaba de mirar hacia el agua con curiosidad felina. En la misma orla refulgente, confeccionada de materiales intangibles, también se arracimaban algunos dioses romanos de la Antigüedad, como Neptuno, esgrimiendo su tridente, y la diosa Fortuna, y la de la guerra, Belona, y la diosa Victoria, y la diosa Fama tocando la trompeta. Y junto a estos últimos personajes alados se solazaban al fin los más variados ángeles, la mayoría de ellos criaturas impúberes de rizos de oro, que, cada pocos minutos, se asomaban al borde algodónado de las nubes y, divertidos, tensaban sus arcos y lanzaban dardos dorados a las naves, es de suponer que siempre apuntando a los mismos.

Pero es en el corazón de la batalla donde suceden las cosas. En esa batalla de la que años más tarde uno de los dos escritores, por consejo del otro, diría que fue la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperaban ver los venideros. La contienda más descomunal que jamás había sido ni será librada sobre la superficie del mar. Y es que a bordo de las seiscientos cuatro naves que componían el conflicto se debatían nada menos que ciento ochenta y tres mil cincuenta y nueve almas –ciento ochenta

y tres mil cincuenta y cinco, ciento ochenta y tres mil cuarenta y nueve—, de las cuales noventa y dos mil profesaban una fe cristiana, ya fuese católica, ortodoxa o incluso luterana; otras setenta y siete mil, la fe islámica; casi trescientas eran agnósticas, sin que ninguno de esos hombres supiera ponerlo por escrito, o sospechara siquiera la existencia de aquella palabra; ochenta y cuatro eran ateas, aunque jamás lo habrían confesado y ni mucho menos hecho público; había también por allí un par de anglicanos, y un calvinista; y en cuanto a las trece mil almas sobrantes se vendían al postor que mejor salario de guerra les ofreciera mientras todavía estuvieran en esta tierra. No obstante, en lo que a los bandos estrictamente se refiere, los combatientes se repartían en dos mitades que cualquier cronista indulgente podría convenir en calificar de exactas.

De ese total de ciento ochenta y tres mil veintiún tripulantes que aún sobrevivían en las flotas en combate, cien mil de ellos tenían uno o más hijos, y de estos, solo setenta mil lo sabían; veinticinco mil habían olvidado despedirse de su mujer con un beso antes de ser embarcados; dieciséis mil se habían encomendado a su amada antes de entrar en batalla, besándose la pinza de los dedos después de persignarse; y apenas dos mil trescientos de entre tan sin par muchedumbre de hombres estaban sinceramente enamorados o habían conocido alguna vez el amor verdadero.

Noventa y nueve de cada cien de estos hombres llevaban consigo, plegada junto al pecho, una carta de amor.

Y así la preservaba hasta hacía un instante, bajo la abotonadura de la camisa, acariciando la piel de su torso, uno de nuestros dos escritores, precisamente el menos joven de ambos. De hecho, aun considerando las dos flotas comple-

tas, Nikolaos Popoulos se encontraba a la cabeza de los menos jóvenes de cuantos en ellas navegaban.

Para colmo de males, el viejo escritor inédito acababa de perder la carta en un barco extraño, porque a la vista del cariz que estaba tomando la refriega, que no había hecho más que comenzar, la ligera galeota de los piratas uscoques en la que viajaba se había aproximado a *La Marquesa*, buscando el cobijo de una nave de mayor envergadura; y Popoulos y sus compañeros piratas habían subido a la embarcación de los tercios italianos, no al abordaje, sino para combatir junto a ellos. Fue en el momento de saltar sobre el castillo de proa de la galera, mientras los uscoques se identificaban como caballeros cruzados, siempre enemigos de los turcos y defensores de la cristiandad, cuando la misiva escapó de su pecho, como otro pájaro asustado, y levantó el vuelo a merced del viento. Popoulos no lo dudó un instante, tenía que recuperarla como fuese, porque, además de una carta de amor, aquel escrito era la consumación de una venganza, el último paso de un plan perfecto largamente sostenido a lo largo de los años. No se dejó desanimar por los excesivos caprichos de aquel viento, y la persiguió haciendo eses a través de las treinta brazas de eslora y las cuatro brazas de manga, esquivando a españoles y a italianos, a soldados, marineros y artilleros, saltando por encima de los bancos donde remaba la chusma y huían despavoridas las ratas, por encima de un cadáver ensartado de flechas como un erizo gigantesco, por encima de un cuerpo reventado por una bala de cañón, y resbalando sobre la pasarela de sangre y vísceras y excrementos hasta acabar metiendo el pie en un estrecho cubo de pólvora. El pliego-pájaro se coló a continuación por la escotilla de estribor y, sin desfalle-

cer, el anciano enamorado se apresuró a bajar tras él descolgándose por la escalera hasta el interior del barco, con el escándalo y la cojera propios de quien camina con un pie dentro de un cubo. En la oscuridad de las bodegas, tratando de ignorar la intensa pestilencia, siguió todavía la escurridiza carta a través de los compartimentos del casco y llegó a la cámara de la enfermería. Y allí, recostado en uno de los petates bajo una manta de anjeo, no en la cubierta, sino puesto a buen resguardo, junto a otros dos enfermos a los que la malaria mantenía desvanecidos, allí, en las entrañas de aquella bamboleante estructura de madera, de aquella colosal letrina portátil, se había encontrado con el otro escritor: que en ese momento agarraba la carta y, sorprendido al advertir su presencia, abría los ojos como platos y se llevaba la mano a la cintura.

Nikolaos Popoulos, griego de nacimiento y otomano por designación, robusto, barbado y oscuro, tocado con un turbante y vestido con exóticos ropajes en peculiar mixtura, con una larga y curva cimitarra asida al correa y a la faja, un pie dentro de un cubo, empuñando un arcabuz con la mecha encendida y jadeando como un animal desfondado, ocupaba toda la puerta de la cámara, que era también la fuente de luz y la única salida.

El joven Miguel de Cervantes, con el rostro lívido, quién sabe si tal y como había informado a su capitán por efecto de unas fiebres, en clara posición de desventaja, se sintió acorralado y pensó que había llegado el fin de sus días. Había cogido el papel que aterrizó en su regazo con una ceja levantada, en expresión de curiosidad, pero no le había dado tiempo a descifrar una sola línea cuando ambas cejas se le subieron arriba de la frente, al ver al demonio mismo